Abril 1944. Número 50

La Consagración

El **Jueves Santo** es el día del año de más evocadores recuerdos.

Jesús celebra con sus discípulos, en la intimidad del cenáculo, la Cena Pascual.

Después lava los pies a sus apóstoles.

Sobre la mesa queda un trozo de pan. El Señor, lleno de amor a los hombres, instituye la Sagrada Eucaristía, misterio de fe y sacramento de amor.

Haced esto en mi memoria, dice a los apóstoles, y los ordena sacerdotes para que continúen la obra de la redención.

— — —

El sacerdote es **otro Cristo** y siempre que en la Santa Misa pronuncia las palabras de la consagración: **Este es mi cuerpo,** realízase el milagro y misterio del Jueves Santo, a la par que se renueva el sacrificio de la Cruz, aunque de manera incruenta.

¡Oh palabra omnipotente! ¡Oh grandeza soberana la del sacerdote!

¡Qué potestad infinita-exclama S. Lorenzo Justiniano-la de los sacerdotes! "Una palabra sale de su boca, y el cuerpo de Cristo está allí, verdaderamente presente, y el Verbo encarnado, bajado del cielo, se halla realmente presente en la mesa del altar. Jamás la bondad de Dios concedió tanto poder a los ángeles".

¡"Oh venerable dignidad la de los sacerdotes-dice San Agustín-en cuyas manos, como en el seno de la Santísima Virgen, se encarna el Hijo de Dios. En un mismo momento este Dios, que preside el Cielo, está también en nuestras manos en el altar! Lo que se ha rehusado a los ángeles, se ha concedido al hombre. Al ver tan insigne privilegio concedido al sacerdote, el Cielo se asombra, la tierra se admira, el hombre se estremece, el infierno tiembla, el demonio se espanta y los más encumbrados coros de los ángeles están penetrados de admiración".

— — —

Penétrate bien, amado niño, de la grandeza del sacerdote, estímala, deséala...

Perdón

Jesús.—Yo tenía un jardincillo
que crié para mi dicha,
y aunque en él planté jazmines,
tan sólo me ha dado ortigas.

Pecador.—Ese jardín es mi alma:
perdónala, vida mía.

Jesús.—Huyó de mi suave nido
el pájaro que allí había;
por los brebajes del mundo
dejó el agua de la vida.

Pecador.—Perdonadlo, buen Jesús:
yo el pájaro conocía.

Jesús.—Yo tenía un hijo amado,
le enseñé a pulsar la lira;
mas de mi palacio ha huído
y canta en hueste enemiga.

Pecador.—Yo soy ese hijo ingrato;
perdón, Jesús de mi vida.

VERDAGUER

MANOLIN

¡Qué corazón tan compasivo tiene Manolín!

Muchas veces ha oído decir al Sr. Cura y a su mamá: *Los pecados crucifican a Jesús.*

¡Qué pena no poder evitarlo! Cuando comulga y piensa en ello llora siempre.

Es el día de Jueves Santo. Manolín, entrada ya la noche, no ha ido a casa. Su mamá lo busca y lo encuentra delante del Monumento.

—¿Qué hacías? le pregunta.

—Un pacto con Jesús, responde con alegría el vivaracho Manolín.

—Y ¿en qué consiste?

El niño parece querer guardar secreto, pero al fin cede a las insistencias de su mamá.

—He prometido a Jesús hacerme sacerdote y como tú dices que los sacerdotes son otros Cristos, yo me dejaré crucificar cuando pequen los hombres y así mitigaré los sufrimientos de Jesús.

—

¡A cuántos confunde la ingenua generosidad de Manolín!

Que como premio a ella, le conceda el Señor la inmensa dicha de ser sacerdote.

V. LITAGO.

Lumbrera de la Iglesia

Tuvo tres hermanos santos: San Leandro, Arzobispo de Sevilla; S. Fulgencio, Obispo de Ecija y Sta. Florentina. Pero la gloria de éstos queda como eclipsada por la de S. Isidoro.

"Insigne en santidad y doctrina-dice el Martirologio Romano-ilustró a España con su celo en favor de la fe católica y su observancia de las disciplinas eclesiásticas".

Siendo joven le entraban tan mal las letras que, completamente desalentado, decidió dejar los estudios. Pero un día observó cómo una soga con su roce había hecho profundos surcos en la dura piedra del brocal de un pozo y se dijo: *pueden las sogas y las gotas de agua cavar la dura piedra y ¿no podré yo con la constancia en el estudio imprimir en mi alma las ciencias?*

Se dió desde entonces tanto a éstas que, pudo escribir de él Menéndez y Pelayo: *Por siglos y siglos fué S. Isidoro el grito de guerra de la ciencia española.*

Todo cuanto se sabía en el siglo VII fué compendiado en su inmensa obra los veinte libros *Las etimologías*, milagro de erudición para aquella edad. Era una colosal enciclopedia como no se había escrito hasta entonces. Con ella la luz de la ciencia de Isidoro iluminó a toda España, traspasó las fronteras y llenó de resplandores los claustros de Francia, Italia, Alemania, Inglaterra e Irlanda.

El Papa Alejandro, en el siglo VIII, alaba a S. Isidoro por su saber enciclopédico. Un siglo más tarde, León IV, lo coloca como autoridad de la Iglesia al lado de S. Jerónimo y S. Agustín. En el siglo XII y XIII todavía siguen los libros de S. Isidoro inspirando a los más insignes sabios como Pedro Lombardo y Sto. Tomás de Aquino.

El VIII Concilio de Toledo le llamó: *Doctor excelentísimo, gloria y prez de la Iglesia Católica y el más ilustre varón de los postreros siglos.*

Inocencio XIII lo proclamó doctor de la Iglesia Universal.

Presidió, en el 619, el II Concilio de Sevilla y el IV de Toledo celebrado en el año 633.

Su cuerpo fué sepultado en Sevilla y, habiéndose apoderado los moros de aquella ciudad, Fernando I, Rey de Castilla y León, lo trasladó a esta ciudad, donde se veneran sus restos en la hermosa Colegiata-Basílica de su nombre.

—

Ya ves, querido niño, lo que vale la constancia en el estudio.

Toda la ilusión de su vida la tenía cifrada en peregrinar a Tierra Santa.

Aquellos lugares le inspiraban gran devoción y, poco había de poder, o no moriría sin visitar Belén, Nazareth, Jerusalén...

Para ello, el futuro peregrino iba depositando en una hucha sus ahorrillos y el importe de ciertos caprichos de los que se privaba con gusto.

Pero, si grandes eran sus deseos de visitar Tierra Santa, mayor era su misericordia; y, metiendo dinero por un lado y, sacándolo para limosna por otro, nunca juntaba lo suficiente para tan ansiada peregrinación.

Dos o tres veces terminó sus preparativos de viaje, porque al fin había reunido suficiente dinero. Pero una necesidad imprevista de un vecino, una enfermedad de un pobre, un joven que necesitaba su ayuda para continuar sus estudios, una colecta de la parroquia, agotaban de nuevo su caudal.

Por fin se iba a realizar su sueño dorado. Ya estaba en el puerto para embarcarse en dirección de las costas de Palestina. Mas dificultades inevitables impidieron hacerse a la mar aquella tarde. Nuestro peregrino, más que por economía, por espíritu de penitencia, pasó la noche en el muelle.

Cuando el sol doraba los mástiles de los buques anclados en el puerto, despertó él a los gritos de un pobre trabajador emigrante al que habían hurtado el poco dinero que poseía y ahora le era imposible pagar el pasaje de regreso a su tierra. Compadecido el peregrino, tomó su bolsa y se la entregó con el total de sus ahorros.

Y, a pie ahora, comenzó a desandar el largo camino que le separaba de su tierra.

La jornada fué larga y penosa por el calor estival. Rendido como estaba, sentóse a descansar a la vera del sendero y quedóse dormido.

Fué entonces transportado por un ángel a Palestina con un retroceso de varios siglos hasta los días que vieron al Divino Maestro en la tierra.

Nazareth, Belén, Jericó, Betania, el Jordán, el lago de Tiberíades... todo lo fué recorriendo con el ángel.

Ahora iba a ver a Jesucristo, su hermosura, su majestad, su bondad... Le rodean los apóstoles; le sigue una multitud inmensa... El Señor le mira y le sonríe bondadosamente... Hechizado por sus divinos ojos le sigue mezclándose con la multitud.

El Divino Maestro hace alto, se sienta rodeado de la muchedumbre, extiende sus brazos, abre sus labios y empieza a hablar:

Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia...

Estas palabras le parecen consoladoras y dulcísimas como la miel.

El peregrino no acierta a separarse del Divino Maestro y le sigue por todas partes, escuchando sus divinas enseñanzas:

Mi cuerpo es verdadera comida.

No me habéis elegido a mí, sino que yo os he elegido a vosotros.

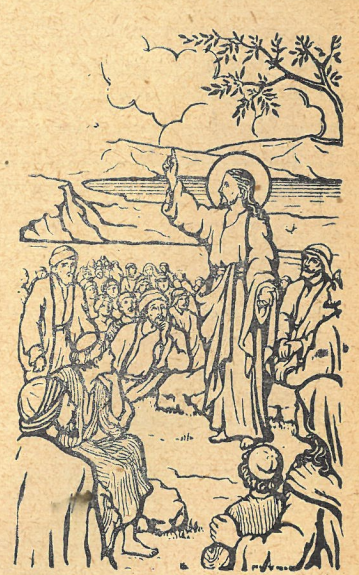
Tomad y comed, este es mi cuerpo.

Haced esto en mi memoria.

Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.

—

El sonido de un esquilón de la próxima parroquia despierta al peregrino. Tocan a Misa. Había sido un sueño.



Pero nunca como entonces se había percatado de la real presencia de Jesucristo en nuestros altares y de que los sacerdotes son los continuadores de la obra del Divino Maestro: *otros Cristos* el *dulce Jesús* viviendo entre los hombres.

CEFAS.

La Mariposa y la Abeja

"La miel que de ahí saques, para zánganos sea; por lo menos yo no seré quien la cate", decía una mariposa a una abeja viéndola afanarse entre romerales.

"Para de aquí a unos días mi respuesta", contestó la abeja.

Se la dió en efecto, no pasados muchos, trayéndole un poco de la elaborada miel.

—¿Cómo esta dulzura de aquella amargura?, preguntó incrédula la mariposa?

—¿Cómo? Con lo que yo pongo de mío: el trabajo paciente e industrioso: tú miras a tallo y hojas; yo trabajo sobre la flor.

Así las almas. Con el trabajo e industria de la santa paciencia, sobre las flores de las penas, liban dulce gozo de las amarguras del dolor. MADESEG.

Valiente defensa de la dignidad sacerdotal

San Estanislao, Obispo y Mártir, fué llevado al tribunal del rey Boleslao porque reprendió a éste por su mala vida...

Boleslao injurió al Obispo diciéndole que le había faltado al respeto y echóle en cara la humildad de su origen.

—Príncipe-respondió Estanislao con toda dignidad y tranquilidad-, conozco el respeto que es debido a vuestra alteza y creo no haber faltado en este punto a mi deber. Pero tampoco olvido que la dignidad apostólica de que estoy revestido es muy superior a la de los reyes. Es de institución divina y el rey y los demás príncipes deben someterse a la dignidad espiritual del Obispo y sacerdote, aunque éste proceda de linaje menos noble que el suyo. Por lo tanto, si cuidáis de la salvación de vuestra alma, debéis escuchar mis consejos y advertencias. Sólo así podréis vivir en paz con Dios y reinar con gloria sobre vuestros vasallos.

REVERENCIA AL SACERDOTE

San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, cuando era niño, tenía tanto respeto a los sacerdotes, que al encontrarse con alguno de ellos, se arrodillaba y le besaba las manos.

CHISTE E INGENIO

—¿Cuál es el santo más cruel?—San Matatías.

—¿Cuál es el santo más batallador?—San Miguel.

—¿Cuál es el santo más tostado?—San Lorenzo.

—¿Cuál es el santo más grande?—San Máximo.

—Cuál es el santo más hueco?—San Canuto.

Preguntaron a un zapatero por qué no trabaja más y respondió que él contaba la semana de la siguiente manera:

Lunes, mala gana; Martes, desgana; Miércoles, galbana; Jueves, jarana; Viernes, no me da la gana; Sábado, cobrar y Domingo, descansar.

—¿Para qué sirve la lana?... Vamos a ver, Juanito, ¿con qué materia está fabricado tu pantalón?

—Con los pantalones viejos de mi papá.

El tesoro escondido

En cierta ocasión encontró un hombre un tesoro. Habiéndolo escondido para que no se lo robasen, fué, vendió todo lo que tenía y compró el campo donde estaba escondido aquel tesoro.

Queridos lectores: la vocación al estado sacerdotal está representada en aquel tesoro. Los seminaristas son los que, habiéndolo encontrado, dejan todo lo que tienen por seguir a Jesús, a saber: sus padres, sus hermanos, sus casas, sus pueblos, para llegar un día a ser santos sacerdotes, que salven muchas almas.

La vocación sacerdotal es el mejor de los tesoros, puesto que es el único tesoro que nos sirve para la eternidad.

"LA VICTORIA". – PLASENCIA